

Capítulo uno

15 de abril de 2006, 16.00 horas

Filippo, Francesco, Luca, Dario y, sobre todo, Pietro

El patio interno del Pep es un terreno baldío. Constreñido por tres edificios que lo oprimen por todas partes. Abierto a la única calle de cemento que conduce al centro histórico. La hierba crece pálida. Crece desganada. En algunos puntos no crece. Solo hay un árbol, híbrido y pequeño. Apenas da sombra. Añade hojas vivas a las muertas. Nadie las arranca.

Desaliñados, con unas caras atroces, tres niños: Francesco, Luca y Filippo.

El cuarto niño es inexpresivo. El cuarto es el mayor de todos ellos: tiene catorce años y una manera muy extraña de estar en pie; torpe, contraída, descompuesta. El cuarto chico se llama Pietro. Pietro permanece plantado en su sitio, balanceando los brazos hacia delante y hacia atrás con la mirada absorta. Los demás niños lo saben y lo ven. Dario también lo sabe y lo ve. Es el quinto miembro del grupo. Poco más que un niño, en un instante romperá a llorar.

—PietronollegustardePietronollegustarde
—repite Pietro sin cesar.

Pietro tiene el pelo fino, rubio trigueño. Cortado a trasquilones.

A Pietro le aterrorizan las tijeras, cuando las ve se echa a gritar. De forma que su madre le corta el pelo mientras duerme.

Pietro mide un metro sesenta de estatura. Pesa cincuenta kilos. Es el más gordo, el más grande y el más guapo de todos.

Pero eso a ellos no les importa.

O puede que sí.

Pensándolo bien, ese es el principal motivo.

Que es guapo. Y tonto. Una presa.

15 de abril de 2006, 15.50 horas

Un retraso de apenas diez minutos

Dario, ocho años y once meses. Golpeó la mano contra la ventana.

—Córcholis, Pietro, ¡Filippo está ahí!

No cumpliría los nueve.

Pietro, sentado en su silla de plástico verde, contemplaba las frondas del pino marítimo mientras hacían cosquillas al cristal de la ventana; de vez en cuando bajaba la mirada, apretaba aún más su lápiz Staedler 2B y trasladaba a la carta lo que había quedado impreso en su retina.

Eso le parecía suficiente y daba la impresión de que nada le afectaba.

Dario abrió la ventana y miró hacia abajo levantando sus zapatos del número treinta y siete de las baldosas marrones de su cuarto.

—¡Eh! ¡Eh, Filippo, Filippo!

Filippo giró bruscamente su bicicleta azul. Usada. Luca y Francesco se volvieron también. Todos vieron a Dario, pero desviaron de inme-

diato la mirada y empezaron de nuevo a pedalear.

Todos salvo Francesco.

Jamás había sucedido.

Su mirada se cruzó con la de Dario, se tapó instintivamente la boca, se puso morado.

—¿Por qué coño te has parado?! ¡Ese tiene ojos hasta en el culo, cada vez que pasamos por aquí lo intenta! —silabeó Luca.

Filippo no dijo nada. Pensó. Decidió.

—¿Te apetece jugar con nosotros?

Filippo, trece años y cara de adolescente.

Ha aprendido ya varias cosas. En primer lugar, que la vida es sudor. En segundo, que las tundas hacen daño. En tercero, que conviene ser siempre el primero en pegar.

Filippo es bajo, un amasijo de nervios por cuerpo.

Pelo castaño y peinado con esmero. Uñas siempre mugrientas.

Los labios van por su cuenta, no tienen nada que ver con su cara. A sus trece años, no. Parecen hojas, y están en todo momento apretados.

Filippo ha aprendido también una cuarta cosa: si los demás te ven, si te ven de verdad, estás acabado. De manera que una mirada opaca sirve. Para ocultar.

Por último, dos mandamientos: la pelea como vocación, y hacer novillos como acto de honor. Sus coetáneos, algunos chicos mayores que él y la totalidad de los más pequeños lo consideran un dios. Es lo único que le transmite un poco de paz.

Respecto a lo demás, siente una profunda desesperación.

— Ese es el que tiene un hermano retrasado, ¿verdad? — preguntó a Francesco.

— El mismo que viste y calza. Está en mi clase, ha repetido tres veces.

— ¿Vamos? — dijo de repente Luca, doce años, rasgos inaferrables, ojos azules y apagados.

— ¿Tu hermano está contigo? — gritó Filippo a Dario .

— Sí... ¡Sí! ¿Por qué?

— ¿Quieres jugar con nosotros?

— ¡Síiiii! Pero antes tengo que decírselo a mi madre...

Pietro empezó a gemir y a cabecear.

— Debes traer a tu hermano, si no lo haces, no te molestes en bajar — precisó Filippo.

— ¿Por qué?

— Porque te lo pido yo.

Dario se enfurruñó apenas un instante, no le gustaba la idea de tener que llevar a costas a su hermano, le haría quedar como un pedazo de «mierdísima», como decía siempre, de auténtica mierdísima.

— ¡¿Entonces?!

En la cabeza de Dario una idea fija: Filippo *jamás* le había hecho el menor caso.

— De acuerdo, ahora vamos.

Francesco y Luca, incrédulos e irritados, aguardaban una explicación.

— ¿Se puede saber a qué vienen esos gritos, Dario?

Su madre entró en la habitación abriendo la puerta de par en par.

— ¿Gritos? No pasa nada, estoy jugando con Pietro.

La madre de Dario y Pietro seguía siendo una hermosa mujer, pese a que sus labios estaban permanentemente contraídos y a que sus ojeras eran ya perennes; solía recoger su cabellera rubio ceniza en una cola de caballo e ir por casa vestida con un chándal verde confiando en que, tal vez así, Pietro permitiría que lo abrazase.

— Debes dejar en paz a tu hermano, ya sabes que los ruidos fuertes le molestan.

— Disculpa, mamá... ¿Mamá?

— Dime.

— ¿Puedo salir con Pietro?

— ¿Desde cuándo te gusta salir con tu hermano?

— Estaremos abajo, en el patio interior..., así..., así podrás estar segura de que no me voy muy lejos.

Aquí abajo. Al alcance de su voz. Sus palabras lo tranquilizaron. Decidió no preguntarse el motivo. En la mente todavía esa obsesión: Filippo *jamás* le había hecho el menor caso.

—¿Estarás con tus amigos?

Lo único que había que hacer era bajar.

—¿Eh? No..., solo quiero estar al aire libre, hace sol...

—¡Hola, Filippo! ¿Puedo jugar con vosotros? ¿Puedo? —La voz de Pietro. Monocorde.

Dario le lanzó una mirada torva, de través.

—¿Me contestas? —preguntó su madre—. ¿Estarás con tus amigos?

—¿Eh? No. Varios de ellos pasaron antes y yo los saludé.

La madre de Dario escrutó a su hijo y renunció a ir hasta el fondo del asunto. Sentía la necesidad de estar sola, por lo menos veinte minutos.

Pietro tocó la nota de siempre.

—He identificado cincuenta y dos tipos diferentes de verde. —Su mirada se clavó en el punto que más amaba de cualquier habitación: una esquina del techo. Porque todas tenían, al menos, cuatro—. El verde tierra es un derivado del ocre. Su origen es muy antiguo y tiene varias tonalidades caqui. Se adapta perfectamente a todas las técnicas. Cubre bien y se seca con relativa rapidez. El verde esmeralda, o verde viridian, no tiene una buena es-

tabilidad cromática. Es un color transparente: si se mezcla con el amarillo cadmio da lugar a un verde brillante que se llama verde permanente. El óxido de cromo verde tiene un grado de vivacidad de tono bajo, pero cubre de maravilla. El verde cobalto se diversifica en varias tonalidades. No se debe mezclar con las tierras. ¿Entiendes? No se debe mezclar con las tierras.

Dario pensó que su hermano era, cuando menos, extraño. Memorizaba las cosas más absurdas.

—¿Te apetece salir con tu hermano, Pietro?

—No.

—Un poco de sol te vendrá bien, venga, después nos comeremos un trozo de tarta.

Pietro se puso en pie sin decir nada. Había aprendido a obedecer a su pesar.

—Dentro de media hora os quiero de vuelta, ¿ok? Antes de que regrese vuestro padre.

La madre tendió a Pietro un anorak verde y el niño se lo puso solo.

—Recuérdalo, Dario. Y tú también, Pietro. No os retraséis.

Besó a sus dos hijos, Pietro se retrajo un poco, pero no rechazó de plano el gesto, perdido, como estaba, en el verde reconfortante que le recordaba los prados verdes. En los prados siempre había cosas hermosas y todos eran felices. Y la felicidad era una emoción que había aprendido a comprender.

Porque era sencilla. Y la sencillez era verde. Y el verde no se parecía en nada al gris, que era el color de las calles, porque en las calles abundaban las emociones y estas lo asaltaban todas a la vez, y eran difíciles, y gritaban con cien bocas.

— Recuérdalo, Pietro, no vuelvas tarde.

Bajaron las escaleras.

— ¡Hola, Filippo! ¿Puedo jugar con vosotros? ¿Puedo? — proseguía Pietro.

— ¿Quieres callarte? ¡Menudo papagayo!

— El papagayo es un pájaro del orden de las Psitaciformes, trepador, que tiene la parte superior del pico curvada y la inferior corta, una lengua carnosa y un plumaje de llamativos colores. Pietro no es un papagayo. Es un niño.

Era el estúpido más inteligente que Dario había conocido en su vida.

En ese momento, la mirada cansada de la señora Monti, la madre de Pietro, se posó distraídamente en el lápiz Staedtler 2B y vio que debajo, movidas por el viento de la imaginación, se agitaban las frondas del pino marítimo, en una obra que recordaba a un negativo fotográfico y tenía el espíritu de un cuadro. El diafragma se le abrió al instante, sus ojos brillaron, rozó, casi temerosa, el borde blanco del Fabriano 4, retiró la mano y salió de la habitación.

—Pero ¿cómo coño se te ha ocurrido? —rugió Luca, cuyo único deseo impelente era encenderse un Lucky Strike. Filippo no respondió, se limitó a mirarlo con una punta de urticante ironía y, a continuación, guiñó un ojo a Francesco, que lo había comprendido al vuelo.

—Filippo quiere jugar, amigo —dijo Francesco dándole unas palmaditas en la espalda.

Y pensar que esa tarde Filippo había decidido no poner el pie fuera de casa. Apenas cuatro horas antes había descubierto cómo se introducían los huesos a los dibujos animados con Moho, un programa increíble que había logrado descargar de Internet. Podía dibujar cualquier criatura que de-sease. Si bien al principio era estática, luego podía decidir en qué medida podían girar sus articulaciones, o levantarse o doblarse; para ello bastaba aplicar los huesecitos en la cantidad y en el lugar oportunos. Un alucine, en pocas palabras.

Había imaginado ya el personaje que pretendía crear, lo llamaría Dirk, sería un tipo moreno y ancho de hombros, con un *piercing* en una ceja; lo vestiría con una de esas chaquetas que se llevan también en alta montaña, cuando la temperatura es inferior a treinta grados bajo cero, una de esas cha-

quetas muy, pero que «muuuuy técnicas», según había asegurado el dependiente de una tienda del centro cuando Filippo le había señalado una. Filippo comprendió que, al describirlas como «muuuuy técnicas», lo que el dependiente quería decir en realidad era que resultaban muuuuuuuy caras. Dirk se movería como un dios de las artes marciales, pero antes debía ejercitarse y estudiar ese programa a fondo; luego llegó su madre, la fotocopia amarillenta de su mala copia de hacía diez años, y, con su habitual voz átona, le dijo que apagase ese «jodido» ordenador porque o estudiaba o salía, y, dado que esa casa no era una sala de juegos, y que su padre solía visitar toda una serie de lugares de mierda, y que en ese preciso momento debía de estar ya bebiendo, era mejor que apagase ese jodido ordenador o que, por lo menos, sacase ese jodido cedé satánico de mierda. Filippo se dio cuenta entonces de que *Cero*, de los Smashing, seguía girando en su Pentium 4 a todo volumen. Al principio decidió hacerse el sordo y aplicó al hueso del cuello de Snutzi, un curioso extraterrestre a motas violetas y azules que había recibido con el programa, una rotación como las que hacía Linda Blair en sus momentos de mayor inspiración. Pero a su madre no le gustó que la confundiese con el hombre invisible y desenchufó el ordenador.

Filippo se levantó de un salto gritando.

— La madre que te parió, hija de puta, ¿por qué no te dedicas a tus gilipolleces? ¿Acaso no entiendes lo importante que es para mí esto, que yo lo estudio? Que te den por culo, que te den por culo, que te den por culo. ¡No me extraña que mi padre se dedique a empujar el codo, yo también preferiría beber a estar contigo, hija de puta!

Su madre abandonó la habitación y cerró la puerta con la consabida expresión de agotamiento, los ojos apagados y la mirada baja.

Por ese motivo, a las cuatro en punto de la tarde Filippo había decidido, de forma más o menos consciente, que se desquitaría un poco con el mundo.

— ¡PietronoteretrasesPietronoteretraseeeeees!
— gritaba Filippo mientras escrutaba el rostro de Pietro y se reía esperando el momento en que el niño lo mirase, porque el hecho de que no lo hiciese lo irritaba.

— Pietro, deja ya de repetir las cosas, por favor, déjalo ya.

Dario le imploraba, pero Pietro no podía evitarlo. Delante de él había tres desconocidos claramente hostiles que le hablaban a voz en grito. Y esa era una magnífica razón para hacer revolotear las manos, para balancear el busto hacia delante y hacia atrás, para gemir y para abandonarse a esa recon-

fortante ecolalia diferida: «PietronoteretrasesPietro-
noteretrasesPietronoteretrases», que, traducida, en
caso de que alguien hubiese querido entenderlo, sig-
nificaba: «Acompáñame a casa, Dario».

Mas, dado que Pietro no lo miraba, Filippo
cambió de técnica.

—¿Por qué tu hermano no mira a los ojos?

A decir verdad, también a Dario le costaba
mirar a Filippo a los ojos en ese momento.

—Siempre se comporta así. Ni siquiera lo hace
conmigo o con mis padres.

—Tampoco mi madre me mira a los ojos.
Y eso no me gusta.

Escupió; la tierra lo absorbió ávidamente.
Luca se encendió un Lucky Strike, tosió tras dar la
primera calada, hecho del que se avergonzó mu-
chísimo, pero nadie parecía haberse dado cuenta.
Francesco empezaba a sentirse inquieto.

—Filippo, creo que en el caso de Pietro es
distinto.

—¡¿No me digas?! ¡¿Qué crees, que lo con-
fundo con mi madre?! ¿Te parece que tiene tetas?

Luca se echó a reír groseramente.

—¿Acaso tiene coño?

—Venga, Filippo.

Francesco nunca se había enfrentado a Fi-
lippo, si bien había muchas cosas que no le gusta-
ban de él, y esta era una de ellas.

—Solo he dicho que me molesta que no me mire a los ojos.

Volvió a escupir. La tierra bebió una vez más.

Miró a Dario a los ojos.

—¿Qué sabe hacer tu hermano, además del idiota?

—Él... Él es extraño, pero no es idiota. Tiene el síndrome de..., de...

—No te he preguntado qué coño de síndrome tiene, te he preguntado qué coño sabe hacer.

Los ojos de Dario empezaban a brillar, y sus mejillas a encenderse.

—Sabe dibujar.

—Con perspectiva —añadió Francesco.

—Hostia, vaya coñazo me estás dando hoy.

Pero Filippo no lo agredió ni lo retó. Francesco le gustaba, porque era sólido por dentro y sabía hacerse entender. No era como sus padres. Cuando le hablaban o le gritaban, debía intentar comprender lo que ocultaban sus palabras. Cada vez que respondía, cometía un error, se había dado cuenta. Pero en ciertas ocasiones era poco menos que imposible no responder a sus preguntas.

Hablar con los adultos era difícil. También el dependiente de la chaqueta «muuuuy» técnica le había dicho algo, pero el verdadero sentido era otro.

Hablar con los chicos era aburrido.

Hablar con Francesco era toda una experiencia.

Siempre y cuando ese hecho no amenazase su *leadership*, claro está.

—¿Dibujas en perspectiva?

Pietro se puso a dar vueltas sobre sí mismo, cada vez más agitado.

Nadie notó al viejo.

Estaba parado. Escondido detrás de un pequeño árbol plateado.

Golpeaba la acera con su bastón de paseo.

Zarandeaba sus pensamientos.

Tic. Tic. Tric.

La punta del bastón había aplastado una chinche.

El viejo no se había detenido a propósito o, mejor dicho, no se había detenido a propósito en *ese* patio. Era evidente que *buscaba, que lo había encontrado*, y que escuchaba.

El viejo era extraño. Vestía una bata de ir por casa negra encima de una chaqueta negra. Negros eran también los pantalones. Con la raya en medio. Elegantes. Sucios.

Negro el sombrero, de ala ancha.

Sin embargo, los zapatos no eran negros, sino blancos. De tenis. Desatados.

—¡Coño, te he preguntado si dibujas en perspectiva! —Filippo insistía.

Pero, sobre todo, el viejo tenía un bastón especial; de madera oscura y brillante. Y ese bastón tenía un mango: una cabeza de pájaro con un pico

largo, cortante, rapaz. La cresta del pájaro estaba desgredada, el viento no la despeinaba. Era de marfil.

—PietronoteretrasesPietronoteretrasesPietronoteretrases —proseguía Pietro haciendo revolotear las manos.

—Como siga así voy a matar a tu hermano. Me está sacando de mis casillas.

—Y tú a él —susurró Francesco.

—¿Qué cojones has dicho?

—He dicho que deberíamos ir al río, que ese capullo se está puliendo todo el tabaco.

Filippo ignoró por completo la respuesta. La suya había sido una pregunta retórica.

—¿Al menos sabes hacerte pajas o te las hace tu mamá?

Luca estaba disfrutando del espectáculo mientras daba largas caladas a su cigarrillo. Francesco no quería reírse, pero, por desgracia, la ocurrencia le pareció buena.

—Vamos, por favor, déjalo en paz, es mi hermano —suplicó Dario.

—¿Eso quiere decir que lo ayudas tú?

—¡No! ¡No soy maricón!

—Eres un cabrón, Filippo.

Esta vez Francesco lo dijo riéndose.

—No sé si eres maricón o no. Los maricones suelen tocar los huevos a la gente y tú nos los estás

tocando. ¿Quieres jugar solo con tu hermano o prefieres jugar con nosotros?

Dario enmudeció, porque todavía no tenía nueve años.

—Luca, ayuda a ese chico, enséñale como se hace una paja.

Luca se plantó delante de Pietro y miró alrededor. Aparte de ellos, no vio a nadie.

No vio al viejo.

Luca apretó el cigarrillo con los labios, desabrochó el primer botón de sus Levis 507 e introdujo la mano.

Dario miró hacia su ventana del tercer piso, esperando, por primera vez, que a su madre no se le ocurriese asomarse.

—Sácala, si no, no entenderá nada.

Luca desabrochó otros tres botones e hizo las cosas como era debido.

El viejo miraba.

El viejo tenía los ojos como la pez. Impenetrables. Uno caía dentro de ellos cuando los atravesaba. Y en su interior no había nada. Únicamente espacio. Un espacio negro y viscoso. Si Dario lo hubiese visto, habría dicho que se parecía al personaje de dibujos animados que mató a Roger Rabbit, el conejo.

—¡Luca, acaba de una vez, hostia! —gritó Francesco, pero Luca continuaba. Filippo no se

reía. Se odiaba. Pensaba que Pietro sabía dibujar. En perspectiva. Y que los otros lo admiraban por eso. Se plantó de repente a espaldas de él, lo agarró por el cuello y el pelo con una prepotencia furiosa, y lo obligó a volver la cabeza hacia Luca.

— ¡Míralo!

Pietro emitió un estertor similar a un gruñido en tanto intentaba desasirse con todas sus fuerzas. Tenía los ojos muy abiertos, aterrorizados, y no comprendía. No comprendía nada de lo que le estaba sucediendo. Sentía que todo, *todo* le causaba un daño insoportable, como una punzada en el cerebro, y habría dado cualquier cosa por poder echarse al suelo y dormirse, quizá durante todo un día. Mientras tanto, Dario lloraba gritando el nombre de su madre, entre sollozo y sollozo, con toda la voz que tenía en el cuerpo. Francesco no movió un dedo. Sabía que Filippo se detendría tarde o temprano y, si bien no entendía la razón ni estaba conforme con lo que estaba ocurriendo, comprendía que Filippo debía de tener un motivo en la cabeza. Porque en su cabeza se producían procesos lógicos, las cosas no sucedían accidentalmente como en la de Luca; así pues, se limitó a mirarlo con desprecio. Filippo era fuerte. Pero mientras sujetaba la cabeza de Pietro delante del cuerpo de Luca, Pietro dio de repente una patada vigorosa, resuelta, en la tibia de Filippo. Pietro golpeó al azar.

Mas, suponiendo que la intención pueda ayudar al destino, en esa ocasión la contribución resultó propicia. Filippo soltó a su presa y se llevó las manos a la tibia increpando y silabeando perfectamente el nombre de Dios precedido y seguido de unos atributos bien poco divinos.

La ventana del tercer piso se abrió. Por fin.

— ¡Dario!

Filippo dio un puñetazo. Furioso. Directo al estómago de Pietro. Y a continuación otro. Y luego... Luca los separó mientras seguía intentando abrocharse los botones de los vaqueros. Pietro cayó al suelo gritando y gimiendo. Sacudía la cabeza de un lado a otro con los ojos abiertos como platos. Sacudía la cabeza para desechar la realidad. Las imágenes se iban convirtiendo en unas estelas de colores. Inocuas. La figura trastornada de su madre se acercaba a él. De improviso, Pietro se quedó inmóvil. Había cancelado la realidad. Por encima de él solo quedaba el cielo. Ni siquiera le hacía daño la barriga. Pietro había eliminado cualquier sensación. Antes de poner pies en polvorosa, Filippo miró a Pietro a los ojos. Vio un semblante inexpresivo. Catatónico. Ausente. Ileso. Después de toda la rabia que había descargado sobre él para lograr una reacción, Pietro había tenido la osadía de volver a su mundo desconocido, tranquilo, como si no hubiese ocurrido nada. Y lo odió. Por-

que él jamás lo habría conseguido, porque la realidad lo buscaba constantemente y él no podía eludirla. Lo odió porque Pietro había logrado golpearlo y hacerle daño. Lo odió también porque sus ojos eran condenadamente hermosos; inútiles en ese rostro, pensó. Y le escupió en la cara. El contacto de la saliva con su piel fue para Pietro como si alguien le hubiese apagado un cigarrillo encendido en una mejilla. Se puso de nuevo a gemir mientras se frotaba la cara. Los tres escaparon en el preciso momento en que llegaba su madre con los ojos desmesuradamente abiertos.

—Cariño, soy mamá, Pietro...

La madre miró enfurecida a Dario a los ojos. Dario los bajó de inmediato a la vez que sorbía por la nariz.

—¿Tu hermano se merece esto?!

Pietro se tapaba la cara con las manos. Mantenía los ojos cerrados, sentía que, de esta forma, todo iba bien, que nadie podía entrar. Porque, cada vez que alguien entraba, le hacía daño. Solo las cosas y las plantas eran buenas y apacibles. Las personas no.

—Pietro, cariño, nadie volverá a tocarte, mamá está aquí, ni siquiera yo te tocaré. Volvamos a casa, hay tarta de chocolate, he hecho la mitad sin el relleno de nata solo para ti. ¿Quieres?

Pietro no tenía conciencia del tiempo que había pasado, pero el sol había dejado de calentar.

Dario se había evaporado. Solo su madre permanecía a su lado. De forma que se levantó. Se dirigieron juntos hacia el portal y se perdieron en su interior. También el viejo había desaparecido. El patio se quedó desierto.